

# Violencia doméstica y religión:

## IMPLICACIONES EN LA CONSEJERÍA

*Janet López Javier*

Catedrática Asociada

Facultad de Educación

Universidad de Puerto Rico

Recinto de Río Piedras

jandiloy@yahoo.com

### SUMARIO

Este artículo presenta una revisión de literatura que se enfoca en trabajos sobre violencia doméstica. Dichos estudios o investigaciones se han concentrado en paradigmas o modelos de violencia formulados en términos de la concepción del agresor, en el cual la mujer es la víctima y el hombre, el agresor. El estudio de la violencia doméstica y la religión es reciente y tiene implicaciones especiales y serias para la consejería profesional. Esta revisión agrupa tres subtemas: la participación religiosa, las estrategias de intervención y la cultura. La violencia o agresión hacia la pareja fue la variable dependiente para estas investigaciones relacionadas a variables independientes, tales como: participación en la iglesia, afiliación denominacional, cultura, raza y tipo de matrimonio, entre otros factores sociodemográficos, psicológicos y espirituales. Se desprende de estas investigaciones que un acercamiento multidimensional hacia el estudio de la violencia, que considere aspectos de teorías sistemáticas, feministas, de política pública, sociedad y cultura, permitirán mayor efectividad y dirección hacia el problema de la violencia doméstica y sus dimensiones actuales.

**Palabras clave:** violencia doméstica, religión, relación de pareja, consejería

## ABSTRACT

This article presents a review of literature that focuses on works about domestic violence. Such studies or investigations have focused on models or paradigms of violence formulated in terms of the concept of the aggressor, in which the woman is usually the victim and the man the aggressor. The study of domestic violence and religion is more recent and has serious implications for special and vocational counseling. This review includes three sub-themes: the religious participation, intervention strategies and culture. Violence or aggression towards the couple was the dependent variable for these investigations related to independent variables, such as participation in the church, denominational affiliation, culture, race and type of marriage, among other sociodemographic, psychological and spiritual factors. It follows from this research that a multidimensional approach to the study of violence, which considers aspects of systematic theories, feminism, public policy, society and culture, will allow for increased effectiveness and direction to the problem of domestic violence and its present dimensions.

**Keywords:** domestic violence, religion, relationship, counseling

La violencia doméstica ha sido objeto de análisis de forma intensa en los últimos años. Estos estudios se han enfocado en paradigmas o modelos de violencia formulados en términos de la concepción del agresor, en el que la mujer es la víctima y el hombre, el agresor (Ellison & Anderson, 2001; Cunradi, Caetano & Schafer, 2002). De acuerdo a los autores de las investigaciones que se presentan en esta revisión de literatura, el acercamiento al tema de la violencia doméstica y la religión es reciente y tiene implicaciones especiales y serias para la consejería profesional.

La presente revisión agrupa tres subtemas bajo las cuales se ha estudiado la violencia doméstica y la religión, a saber: la participación religiosa, las estrategias de intervención y la cultura. La violencia, o agresión, hacia la pareja fue la variable dependiente en estos trabajos. La misma se relacionó con variables independientes, tales como: participación en la iglesia, afiliación denominacional, cultura, raza y tipo de matrimonio, entre otros factores sociodemográficos, sociales, psicológicos y espirituales.

## ■ Participación religiosa

De acuerdo con Ellison y Anderson (2001) en su investigación cuasi experimental, correlacional y explicativa, el problema de la violencia doméstica se plantea como un asunto social y de salud pública de gran impacto emocional, físico y psicológico, lo que, a su vez, se considera reciente en su relación con la religión. Según los autores, el rol de esta última en legitimar o evitar la violencia doméstica ha recibido poca atención de parte de los estudiosos y plantean que la retórica pro familia puede cegar al clero y a otros sobre la magnitud del problema dentro de las iglesias y restringir sus opciones, una vez las personas son abusadas. Sin embargo, las comunidades religiosas pueden ser de gran apoyo para las víctimas. Por lo tanto, la participación en la iglesia, o la religión, pueden estar inversamente relacionadas con la violencia entre parejas.

La pregunta que plantean Ellison y Anderson (2001) es: ¿aumenta o reduce la probabilidad de cometer violencia doméstica la participación religiosa? Para explorar dicha relación, los autores analizaron datos provistos por la National Survey of Families and House Holds (NSFH-1), encuesta que fuera dirigida por científicos sociales de la Universidad de Wisconsin (Madison), en 1987-1988. En ésta, se consideran y controlan variables que habían obviado otros estudios sobre violencia y religión, tales como: nivel de integración, apoyo social, reducción de alcohol o sustancias, y disminución de riesgos ante problemas psicológicos. En dicha encuesta nacional de familias y hogares, se utiliza una muestra seccional cruzada de 13,017 hombres y mujeres de 18 años en adelante residentes en los Estados Unidos, incluyendo afroamericanos, puertorriqueños, méjico-americanos, padres y madres solteros, familias con hijastros, recién casados y parejas que cohabitan. En el análisis que sigue, los datos son sopesados para justificar la probabilidad diferencial en la selección de la muestra, al igual que las diferencias en la velocidad o frecuencia de las respuestas. Las contestaciones de este sondeo incluyeron respuestas primarias de un cuestionario y las secundarias que incluían a su pareja con sólo un cuestionario.

La variable dependiente estudiada por los investigadores fue perpetración de violencia doméstica y fue estudiada por separado para medir cómo difiere por género. Las variables independientes fueron participación religiosa, apoyo e integración social, problemas de uso de alcohol o drogas y problemas psicológicos. Dentro de la encuesta nacional se utilizaron diversas categorías para medir las variables. El análisis incluyó, también, el control de otras variables como los factores sociodemográficos, entre ellos: edad, raza, origen étnico, nivel socioeconómico y educativo, estatus relacional o civil, diferencias de poder en la pareja y la orientación del rol de género en el origen tradicionalista o patriarcal. Además, incluyeron las medidas del poder de los recursos de las parejas, la participación de las ganancias de la mujer, el por ciento de dinero que generaba y la diferencia educacional.

De este trabajo (Ellison & Anderson, 2001) se desprenden las siguientes preguntas: si la participación religiosa puede estar inversamente asociada con el acto de violencia doméstica; si la participación individual informada de asistencia a la iglesia está inversamente relacionada con el informe individual de violencia doméstica solamente o, quizás, relacionado con el informe de abuso de la pareja; si existe relación entre la participación religiosa y la violencia doméstica al reducir, o eliminar, mediante controles estadísticos, la integración y el apoyo social, el uso de alcohol y sustancias, los problemas psicológicos tales como baja autoestima y depresión. Los resultados demuestran que asistir a servicios religiosos está inversamente asociado con la perpetración de la violencia doméstica. Entre los hombres, este efecto protector es evidente sólo entre los que asisten semanalmente, mientras que, entre las mujeres, el efecto protector también se refleja, en particular, en las que asisten mensualmente. No obstante, los efectos netos estimados de la asistencia religiosa son generalmente algo mayor en modelos de informes individuales de violencia doméstica y no por pareja. Esta conexión, también, se mantiene sólida y estadísticamente significativa en modelos de parejas que reportan la violencia. Igualmente, se destaca la asociación inversa entre asistir a la iglesia y la violencia, aún con controles estadísticos para factores sociodemográficos como la

afiliación denominacional, las medidas de integración y apoyo social, el abuso de alcohol y sustancia, la baja autoestima y la depresión (problemas psicológicos). Sobre estos últimos resultados se reafirma que el enlace inverso entre la participación religiosa y la violencia no puede ser explicada en términos de las variaciones en problemas psicológicos, la inclusión de apoyo social y la afiliación denominacional religiosa (protestantes conservadores moderados y liberales; católicos o no afiliación) y factores sociodemográficos.

A la luz de estos resultados, los autores concluyen que la asistencia o la participación religiosa está inversamente asociada con el acto de violencia doméstica, tanto para hombres, como para mujeres, aún controlando los factores sociodemográficos y las variables mencionadas. El aparente efecto protector de la participación religiosa es un hallazgo quizás viciado por la deseabilidad social, por lo cual se recomienda más estudio. También habría que considerar la importancia del factor de “santificación” o el atributo, o cualidades, sacras que se le da al matrimonio en la deseabilidad social por parte de las instituciones religiosas.

De las conclusiones y recomendaciones de Ellison y Anderson (2001) se desprende la necesidad de conocer más sobre cómo las comunidades religiosas responden a las víctimas y familias afectadas por la violencia doméstica, en especial cuando la culpa y la vergüenza son algunos de los factores responsables que alejen a la persona de la iglesia al momento de haber una situación de violencia en la pareja. También, hay que estudiar más cómo los sistemas teológicos le dificultan al clero y a otros conocer y lidiar con el fenómeno de la violencia doméstica.

Según los autores, la contribución mayor de este estudio es reconocer la importancia de la asistencia religiosa como un factor protector contra la violencia doméstica y sus implicaciones futuras en la salud mental de la mujer, por ser ésta la que más se afecta y se ve involucrada en situaciones de suicidio, depresión y abuso de sustancias.

Otra forma de estudiar el efecto de la participación religiosa en la violencia doméstica es la presentada por Cunradi, Caetano y Schafer (2002), quienes consideran la afiliación religiosa y la homogamia denominacional —entre otras variables—, tanto

en hombres como mujeres. El propósito de su investigación fue indagar cómo la violencia entre parejas varía según el nivel de homogamia denominacional, estatus afiliativo, frecuencia de participación religiosa y la importancia de la religión, además de analizar la contribución de estos factores al riesgo de la violencia íntima entre parejas. Este análisis, no sólo contiene elementos cuantitativos, sino cualitativos reflejados en entrevistas. Es de carácter explicativa al inicio, luego descriptiva, correlacional y descriptiva. La pregunta de investigación obligada es: ¿cómo la violencia en pareja varía de acuerdo con las variables religiosas y otras variables psicosociales, sociodemográficas y relacionadas con los problemas del alcohol? Las hipótesis de este estudio gira en torno a si la violencia entre parejas varía de acuerdo con las variables antes mencionadas.

La muestra de este estudio fue obtenida del *Estudio Nacional de Parejas (NAS)*, por sus siglas en inglés) conjuntamente con la novena encuesta nacional sobre alcoholismo. La misma se seleccionó de 100 unidades primarias e incluyó hispanos y afroamericanos. La edad de los participantes era de 18 años o más, entre personas que vivían en su hogar en los 48 estados contiguos. Al momento de recopilar los datos un total de 4,925 individuos completaron la entrevista del *NAS*. Las principales respuestas fueron de parejas casadas o que cohabitaban. Se incluyeron entrevistas confidenciales en el hogar mediante un cuestionario estandarizado. Sólo 1,635 parejas respondieron. Se excluyeron grupos raciales étnicos, como budistas y musulmanes, entre otros. El 57 por ciento de las respuestas fueron de hombres y 43 por ciento de mujeres. Los hispanos tuvieron la oportunidad de contestar en inglés o español.

Para medir la variable violencia entre parejas, los autores utilizaron una escala adaptada del *Conflict Tactics Scale Form R*, donde se les preguntó a los participantes acerca de 11 conductas violentas físicas durante el pasado año ocasionadas a su pareja (de ella hacia él o de él hacia ella). Estas conductas incluyeron empujar, agarrar, restrallar, abofetear, morder, quemar, dar contra la pared, forzar sexo y utilizar algún arma u objeto. Se adjudicaron puntuaciones separadas para hombre y mujer. Con sólo

uno de los miembros de la pareja que reportara abuso, se consideraba que hubo violencia.

Las variables religiosas consideradas por Cunradi, Caetano y Schafer (2002) fueron: afiliación homogamia denominacional de pareja, estatus de afiliación grupal, asistencia religiosa e importancia de la religión, para medir la variable afiliación. La entrevista proveyó una lista de religiones basadas en la clasificación tipológica de J. Gordon Milton, donde se identificaron más de 50 denominaciones internacionales. Se crearon tres categorías de la variable homogamia denominacional, que incluía parejas en las que ambos estaban afiliados a una misma religión, los que estaban afiliados a religiones distintas (heterogamia) y en los que uno o ambos no están afiliados a ninguna.

Según los investigadores, la variable estatus grupal de afiliación se clasificó, también, en tres: liberal, moderado y fundamentalista, basados en un esquema sugerido por otro investigador. Los no afiliados sirvieron de grupo de comparación. La variable asistencia religiosa fue analizada entre los que acudían a la iglesia una vez por semana y fue contrastada con los que asistían con menos frecuencia. Para los participantes a los que la religión fue importante, los autores hicieron el análisis y la comparación con otros grupos de menor importancia. La variable relacionada con los problemas del alcohol fue medida a través de preguntas basadas en una encuesta previa que midió problemas relacionados con éste.

Mediante un análisis multivarianza, los autores controlaron las variables de raza, estatus marital, ingreso familiar, duración de la relación, número de niños en el hogar, edad, educación, historial de violencia en la niñez y aprobación de agresión marital. Los datos se ponderaron para ajustarlos en la probabilidad de la selección de la muestra y la no respuesta, e igualmente llevaron a cabo dos análisis separados, mediante estadísticas como Ji-cuadrado y multivarianza.

Para los autores, entre los hallazgos principales, se evidenció que las parejas de afiliación homogámica mostraban menos violencia que las parejas de afiliación heterogámica o no afiliadas, aunque dicha diferencia no fue significativa. Además, los hallazgos revelaron que la proporción de violencia por tipo de afiliación

demonstró que los liberales exhibían mayor violencia, seguidos de los moderados y, por último, de los fundamentalistas, pero las diferencias tampoco fueron significativas.

Cunradi, Caetano y Schafer (2002) concluyeron que la homogeneidad denominacional no se asocia con el aumento o disminución de riesgo a cometer violencia entre parejas blancas, afroamericanas e hispanas. Sin embargo, los autores reconocen que los problemas de alcohol, la aprobación de la mujer hacia la agresión marital y las mujeres victimizadas en la niñez estuvieron asociadas con un elevado riesgo de violencia, tanto de parte del hombre, como de la mujer, a sus respectivas parejas. La edad estaba inversamente asociada, esto es: a mayor edad, menor violencia. También concluyen que estos resultados son consistentes al hacer los análisis de multivarianza. Las parejas de afroamericanos están dos veces más en riesgo que las parejas blancas, datos que coinciden con el estudio de Jones realizado ese mismo año.

Los hombres que participaban semanalmente en los servicios religiosos evidenciaron niveles de violencia significativamente bajos comparados con los que asistían menos de una vez a la semana. Según Cunradi, Caetano y Schafer (2002), estos resultados coinciden con los de Ellison y Anderson (2001). En términos de la importancia de la religión, los autores encontraron que los hombres que indicaron que la misma tenía mucha importancia mostraron niveles menores de violencia cuando se comparan con los hombres para los cuales no era importante, aunque las diferencias no fueron significativas. El mismo patrón fue observado en las mujeres, aunque tampoco fue significativo. Sin embargo, afirmaron que las mujeres que indicaron que la religión era muy importante estaban en mayor riesgo de violencia comparadas con otras mujeres para quienes no era importante. Las mujeres hispanas, comparadas con las blancas, tienen menos riesgo de sufrir violencia. Ahora bien, las mujeres que informaron tener problemas de alcohol y que aprobaban la agresión marital tienen elevados riesgos de violencia. Por su parte, los hombres que informaron tener problemas del alcohol aumentaron cuatro veces más el riesgo de cometer actos de violencia comparados con los que no reconocieron tener tales problemas. Además, las

variables de edad y educación fueron asociadas significativamente con la disminución de riesgos de violencia.

A la luz de sus hallazgos, los investigadores concluyeron que la tasa de problemas de alcohol difiere significativamente según el nivel de religiosidad: mientras mayor es la asistencia semanal a la iglesia, se informan menos problemas de alcohol; mientras más importante era la religión para las mujeres, menos problemas de alcohol. Así también, dentro de las denominaciones grupales para los hombres, a mayor afiliación a grupos liberales, mayor es la tasa de problemas de alcohol, seguido por moderados, no afiliados y fundamentalistas.

Reconocen los autores que, a pesar de las diferencias y los hallazgos nulos en el proceso de contestación de las preguntas de investigación y la prueba de hipótesis, las instituciones religiosas pueden jugar un rol de suma importancia en la prevención primaria y secundaria de la violencia entre parejas. Esto se evidencia claramente en las investigaciones de Senter y Caldwell (2002), y Giesbrecht y Sevcik (2000). Considerando a la mujer, específicamente, los primeros plantean la espiritualidad como una fortaleza y recurso en el proceso de dejar una relación violenta y mantener ese cambio en mujeres afiliadas a una institución religiosa cristiana. De acuerdo con estos últimos, la violencia doméstica es uno de los eventos y crisis más difíciles de manejar para la mujer que lo experimenta y desea salir de esa situación. Como parte del problema reconocen los temores, el estrés, los sentimientos de minusvalía, la privación financiera y la seguridad vs. la inseguridad, entre otras consecuencias como las razones que le dificulta salir de este tipo de relación a la mujer maltratada. Senter y Caldwell (2002) afirman, también, que salir de la relación toma tiempo y es un acto trágicamente heroico.

Según plantean, un diseño investigativo fenomenológico fue apropiado para este estudio. La meta no era probar hipótesis y generalizar hallazgos hacia la población, sino enfocarse en el significado de las experiencias en contraposición a la conducta de mantenerse luego fuera del comportamiento de la relación abusiva.

El formato básico de esta investigación (cualitativa) se centró en que el investigador pueda tomar, de forma honesta y estratégica, las descripciones de las personas que tienen o han tenido

estas experiencias de violencia, analizar dichas descripciones para ver elementos comunes y producir un informe que ofreciera una visión articulada de la experiencia.

De acuerdo a los autores, la metodología usada o las técnicas para analizar los datos y lograr este formato básico fue asegurar apuntes tomados durante las visitas, reflexiones sobre las entrevistas y analizar los datos en un escenario de trabajo en equipo, que incluyó traer las entrevistas encabezadas con otros consejeros profesionales. Dichas entrevistas fueron grabadas y transcritas, al igual que fueron aseguradas como un récord inicial de expectativas, valores y juicios. La muestra se compuso de nueve mujeres sobre los 21 años de edad que fueron víctimas de abuso por parte de su pareja —tanto física como emocionalmente— y que hubieran llegado al final de la relación exitosamente (habiéndose mantenido tres años separada y no volver a involucrarse en una relación abusiva). Estas féminas provenían de diferentes trasfondos de raza, religión, educación y estatus socioeconómico, la mayor parte de ellas provenientes de un área metropolitana del medio oeste de los Estados Unidos. El promedio de edad fue 39 años, y el nivel educativo se dispersó desde graduadas de escuela superior hasta el nivel de maestría. Tres de ellas eran casadas; cuatro, divorciadas; una, cohabitada, y otra, soltera. A excepción de una, todas eran madres, con un promedio de 2.6 hijos. Cinco reportaron haber sido abusadas física y emocionalmente durante la niñez.

Senter y Caldwell (2002) utilizaron como instrumento el *Abusive Behavior Inventory (ABI)* compuesto por 30 aseveraciones que medían el promedio de las experiencias abusivas experimentadas, tanto física como psicológicamente, en la relación pasada con la pareja. Además, utilizaron preguntas abiertas en la primera fase de las entrevistas, en la cuales se utilizó un diario para recopilar memorias, ideas o pensamientos significativos que pudieran surgir luego de esa primera fase. La segunda etapa de entrevistas fue programada después de un proceso de transcripción y análisis preliminar de dato.

Entre dos a cuatro semanas antes de la segunda entrevista, los participantes tuvieron copia de las entrevistas transcritas y los temas que surgieron de ellas. Se desarrollaron doce temas

como resultado de la integración de las descripciones textuales y estructurales de las experiencias de los participantes. Las preguntas abiertas fueron arregladas para explorar el fenómeno desde que finalizó la relación abusiva hasta el momento de la entrevista. Las nueve participantes tuvieron la oportunidad de usar sus propias palabras para definir, independientemente, espiritualidad y religión. En esta investigación no se reseñan las preguntas hechas, pero sí se discuten y desglosan los doce temas que se desprenden de las preguntas hechas en las entrevistas, que fueron:

1. “Reconocer la verdad/realidad de la relación abusiva”. Incluyó llevar a la realidad la verdad de la relación versus los sueños y el idealismo de que nada pasó y que todo cambiará.
2. “Ser receptiva y actuar sobre las voces mediadoras, defensoras”, como resultado del impacto que tiene la práctica de aislamiento por parte del maltratante (minusvalía, incompetencia, inadecuación). Eventualmente, las víctimas adoptan la voz del abusador como la suya; el trabajo consiste en escuchar las voces internas, externas y espirituales de ayuda para combatir las negativas producidas por el maltratante.
3. “Aceptar el apoyo de otros”, en especial, en las primeras etapas después de finalizar la relación, que se considera vital. Esto requiere un esfuerzo emocional, físico y espiritual enorme. El apoyo familiar, de amigos, de ministros, de miembros de la iglesia, de Dios, de consejeros y de grupos de apoyo hicieron la diferencia entre quedarse en la relación o dejarla.
4. “Haciendo ajustes a nuevas formas de vida”. Requiere un proceso de transición caracterizado por sentimientos de apoderamiento y libertad, este último antepuesto a emociones de miedo y ansiedad. Además de redefinir el concepto de Dios, su relación y las interpretaciones correctas de las doctrinas.
5. “Aceptando el coraje y sentimientos de pérdida y temor”. Estos sentimientos fueron privados de su exposición dentro de la relación de abuso. Se consideró importante mane-

- jarlos y exteriorizarlos para un proceso de sanación y para mantener el cambio. Esto incluyó frustración y coraje con Dios y el impacto en sus hijos.
6. “Soltando, dejando ir lo no productivo”. Trabajar con las ataduras y apegos del pasado fue clave, también, para mantener el cambio. Esto incluyó el daño que ocasionó a los hijos, los retos para su recuperación y el manejo del proceso de perdón.
  7. “Despertar y redescubrir el yo”. Para todas las mujeres en una relación abusiva, sus energías se desplazan totalmente hacia la supervivencia y muy poco o nada hacia su yo interno y autoexploración.
  8. “Mirar al interior y enfocarse en sí mismo”. Esto implicó trabajar con una identidad fragmentada por la relación abusiva, tomar conciencia, explorar, experimentar, no negarse y una honestidad brutal hacia ella misma. A través de la consejería, pudieron lidiar —en especial— con la culpa, que fue el mayor obstáculo para mirar hacia su interior.
  9. “Reconectando y fortaleciendo relaciones de sostén”. Uno de los resultados de las relaciones abusivas es el aislamiento de amigos, familias y otros recursos, así como actividades de apoyo. Fue importante retomarlas y fortalecerlas.
  10. “Reafirmando creencias y prácticas basadas en la fe”. Todas las mujeres estaban, de una u otra forma, relacionadas con una institución religiosa. Sin embargo, eran objeto de burlas por parte de los esposos, y uno de ellos, que era ministro, justificaba el abuso con las escrituras. A través de un proceso descrito como evolutivo, fue necesario retomar creencias prácticas y religiosas. La mala interpretación de las Escrituras le hicieron permanecer en una relación abusiva, sintiendo culpa y manejando el concepto de sumisión en su contra. Se reafirmó la espiritualidad y se internalizó un concepto maduro no rescatador e infantil de Dios y sus enseñanzas.
  11. “Ayudando a otros y alcanzando a otros”. Se demostró un esfuerzo de altruismo al relatar sus experiencias significativas y de gran ayuda para los demás.

12. “Celebrando una nueva perspectiva de sí mismo, de otros y de la vida”. La focalización estuvo en asumir responsabilidad de sí misma y amarse con las complicaciones que esto podía conllevar si fue abusada en la niñez y evitar seguir con la culpa o echarle la culpa a otros, incluyendo a Dios.

Los autores concluyen que los resultados de este estudio podrían aumentar la sensibilidad clínica de terapeutas y consejeros a no sólo reconocer creencias espirituales, sino también a explorar con sus clientes cómo sus experiencias espirituales afectan la toma de decisiones sobre sus relaciones. Recomiendan que el terapeuta familiar o consejero podría ser una nueva voz que llame la atención hacia la violencia en las relaciones, que despierte en la mujer y escuche esa nueva voz que emerge de un fenómeno o situaciones particulares dentro de una relación abusiva o de violencia marital atada a creencias o actitudes religiosas destructivas, considerando que deben convertir éstas últimas en fortalezas y edificación hacia ellas mismas.

Ellison y Anderson (2001), y Cunradi, Caetano y Schafer (2002) evidenciaron el efecto protector de la participación religiosa hacia la violencia doméstica. Senter y Caldwell (2002) dejan establecida la importancia de la experiencia espiritual como una herramienta clave para mantenerse fuera de la relación abusiva y la cualidad altruista identificada como abusiva. Sin embargo, según estos últimos, aunque los fundamentos religiosos y las creencias en Dios estuvieron presentes antes de dejar la relación abusiva, lo que hizo la gran diferencia luego de la separación fue la forma en que se experimentó Dios. Las malas interpretaciones de fundamentos religiosos y la falta de información influenciaba las alternativas de las mujeres maltratadas al seleccionar ayuda e ideas acerca de Dios.

Sobre esto último, Giesbrecht y Sevcik (2000), como parte de un problema en el proceso de participar y recibir apoyo religioso paralelo a su situación de violencia doméstica, exploran los asuntos relevantes de la mujer maltratada con profundas convicciones religiosas. Esta investigación fue realizada a través de una exploración naturalista por medio de la teoría emergente bajo un modelo de proceso de recuperación y reconstrucción entre

cinco mujeres de una congregación evangélica conservadora. En esta investigación, el abuso del esposo era considerado como un “problema familiar” enraizado en confusiones espirituales sobre el plan de Dios para la “convivencia de una familia feliz”. Éste fue el contexto cultural en el que este grupo de mujeres confrontaron el abuso y negociaron un proceso de recuperación y reconstrucción.

La metodología usada por los investigadores fue naturalista para desarrollar una teoría emergente dentro de un proceso de recuperación. El estudio consistió en un ciclo interactivo profundo, análisis de temas, construcción y validación de teoría. Cuando un conjunto de temas fue consistente en las entrevistas y las relaciones de temas emergieron, el modelo final se articuló usando los datos de todas las entrevistas. El modelo fue validado comparando los resultados con hallazgos de investigaciones previas.

La muestra incluyó cinco mujeres, cuya participación se obtuvo de referidos y estímulos a participar por parte del coordinador de un refugio y consejeros experimentados de una agencia cristiana de consejería. Los participantes fueron debidamente informados y se utilizaron seudónimos para proteger identidad y confidencialidad. Las mujeres fluctuaban entre las edades de 30 a 40 años. Tres de ellas eran madres solteras y dos casadas por segunda vez con hijos de otro matrimonio.

Los resultados de este estudio establecen que, para todas estas mujeres, la espiritualidad y la participación en la iglesia fueron parte integral de su identidad. Como tal, las experiencias de abuso y reconstrucción fueron efectuadas en el contexto de su fe cristiana, evangélica conservadora y participación en la iglesia. Los autores establecieron un modelo de este proceso, que incluyó comunidad de iglesia, relaciones entre creencias, reconstrucción, abuso del esposo y la interacción positiva y negativa.

Todas la sparticipantes habían tenido experiencias negativas de abuso en la niñez, que moldearon sus creencias relacionales y aumentaron su vulnerabilidad para involucrarse con esposos abusivos. Durante el abuso y la recuperación, la comunidad de la iglesia funcionaba como un sistema de familia extendida, que podía minimizar, negar y permitir el abuso o proveer apoyo social, espiritual, apoderamiento y ayuda. La función de la fe de estas mujeres como significado y marco de referencia para inter-

pretar la vida les podía llevar a la vergüenza y la culpa, o inspirarles a la esperanza y la transformación de sus vidas.

Reconocen los autores que, debido a que la espiritualidad e identidad con la comunidad de fe fue un componente importante de la identidad en estas mujeres, el proceso de recuperación y de expresión conllevó que ellas reconstruyeran una fe saludable, confrontaran a la iglesia por el rol permisivo y pasivo de sus experiencias abusivas y llevaron a cabo un proceso para redefinir sus relaciones con la iglesia. Esta investigación ratifica el papel importante de la iglesia en la prevención de la violencia, pero, más aún, en el manejo de doctrinas, dogmas y actitudes que fomentan la violencia doméstica o la inhiben.

El estudio anterior sirve de referencia para Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003) en su investigación titulada *Responding to Mixed Messages and Double Binds: Religious Oriented Coping Strategies of Christian Battered Women*, en el cual estudian este fenómeno dualista de la religión y la violencia doméstica, pero en dimensiones más específicas sobre los dobles mensajes que pueden llevar las religiones y la confusión de la mujer para poder lidiar con la violencia. En esta investigación se le pide a un grupo de mujeres que describan la relación entre su fe y religión y sus experiencias de violencia doméstica. Por su parte, Knickmeyer y otros (2003) estudian la violencia doméstica y la religión dentro de un marco conceptual también emergente. Al igual que Senter y Caldwell (2002), Ellison y Anderson (2001), Cunradi, Caetano y Schafer (2002) y Giesbrecht y Sevcik (2000), la violencia doméstica se plantea según la revisión de literatura como un problema de salud mental en la mujer, que incluye el suicidio, la adicción a las drogas y al alcohol, entre otras situaciones de pobreza y falta de vivienda.

Las participantes de este estudio fueron diez mujeres que, en algún momento, fueron maltratadas por su pareja íntima y se identificaron como afiliadas a una religión cristiana, incluyendo cristianos ortodoxos (católicos), evangélicos protestantes conservadores, cristianos (presbiterianos) y no tradicionales o denominacionales. Se reclutaron por medio de diversos métodos (anuncios, periódicos, centros comerciales, etc.) e incluyeron referencia de otros líderes y agencias de la comunidad. Hubo

un cernimiento a través del teléfono. Los autores consideraron la diversidad racial, étnica, edad y factores socioeconómicos. Reconocen que el método de maximizar la variedad de la muestra en este estudio cualitativo fue de gran ayuda para capturar temas centrales y diferencias en las experiencias de los participantes.

Para propósitos descriptivos, los investigadores utilizaron un cuestionario de conocimiento y demográfico. Les proveyeron de un consentimiento buscando reciprocidad y retroalimentación con los participantes y usaron una entrevista de protocolo con 31 preguntas abiertas para medir la relación entre sus creencias religiosas prácticas y sus experiencias de abuso. Dichas preguntas guía exploraron aspectos como la fe y la relación con actitudes, pensamientos o sentimientos acerca de la violencia doméstica y cómo la comunidad de fe responde a las víctimas y al abusador.

Los autores utilizaron la teoría emergente para el análisis de los datos, con el propósito de generar nuevas concepciones y futuras investigaciones en este campo. Las entrevistas fueron divididas en “unidades significativas” —que contenían una idea— y se organizaron usando la programación *QSR-Nudist 4*; además, se compararon y agruparon unas con otras. El proceso de agrupar por categorías basadas en similitudes fue contenido hasta tener un modelo jerárquico emergente fenomenológico. Los autores realizaron tres cotejos de credibilidad y análisis herméticos.

De acuerdo con los resultados, Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003) señalan que, en el intento por sobrevivir y escapar del abuso, estas mujeres se involucraron activamente en una gama amplia de actitudes y conductas dirigidas a minimizar el riesgo de mayor abuso. Muchas tácticas no estaban basadas en la fe. Por la limitación de espacio en su publicación, los investigadores no presentan las tácticas, pero sí lo hacen en otras publicaciones de su autoría. Las estrategias dirigidas por las religiones que representaban tuvieron resultados altamente divergentes, tales como: mensajes conflictivos de la comunidad de la iglesia, de líderes religiosos, de enseñanza bíblicas de Dios con relación a la relativa importancia de la seguridad personal y la santidad del matrimonio. A la luz de esto, los autores agrupan y describen tres categorías fundamentales que explican las dobles ataduras y dilemas:

- *Categoría 1:* “El manantial se desbordaba, en otros estaba seco. La búsqueda de sostén no es fructífera cuando la iglesia enfoca sólo en la santidad de todos los matrimonios y no puede ser representativa al dolor del matrimonio en particular”. Durante el tiempo de abuso, ocho de diez mujeres buscaron corrección o fortalecimiento con las comunidades religiosas. Cuatro mujeres relataron experiencias de asistencia en sus momentos más críticos. Una narró el rol de la iglesia para combatir su aislamiento. Otras siete contaron situaciones menos positivas, como actitudes y mensajes de la iglesia y líderes, tales como: “no traigas tus problemas aquí”, “Ora, Dios lo cambiará” rechazo, prejuicio y traición en los momentos de mayor crisis.
- *Categoría 2:* “Buscar guía de la Biblia y enseñanzas religiosas da apoderamiento cuando se hace énfasis en cuidarse uno mismo en vez de mantener a la víctima enfocada en los valores y necesidades de otros”. Siete de diez participantes identificaron enseñanzas y mensajes bíblicos que les daban apoderamiento, pero también aquellas mal interpretadas que le quitaban apoderamiento para sobrellevar la situación y garantizar su seguridad.
- *Categoría 3:* “Apoderamiento a través de una relación profunda personal con Dios”, en la cual diferentes participantes expresaron, reconocieron y clarificaron que Dios dará la fortaleza para sobrevivir y sobreponerse a las circunstancias abusivas; cree en él como un Dios compasivo, que perdona y protege en contra del abuso; cree que su intimidad, relación y compañía, reducen la sensación de soledad o aislamiento, y confían y tienen fe en Dios como una fortaleza durante el abuso.

Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003) sostienen que lo complejo y paradójico de la relación entre la iglesia y las experiencias de violencia doméstica son parte de sus discusiones. Afirman que mientras los consejos, el apoyo y la guía espiritual edifican y sostienen a unas, a otras las confunde y las alinea, rechaza o aconseja a ponerse en más riesgo de abuso. Sostienen, por lo tanto, que la definición o redefinición de la relación con

Dios puede crear apoderamiento, pero también crear una ilusión falsa de seguridad. Reconocen que muchos de los temas de este estudio son consistentes con los hallazgos informados para otras víctimas y sobrevivientes de violencia doméstica. Además, dentro de las recomendaciones que se ofrecen para investigaciones futuras, se señala que es importante estudiar e incluir las diversas tradiciones entre cristianos.

Los autores afirman que los hallazgos de este estudio demandan el análisis de las perspectivas feministas sobre la violencia doméstica enmarcadas exclusivamente dentro de una visión patriarcal para, de esta forma, no subestimar la dinámica de las influencias de poder. Reconocen que las creencias religiosas permiten adoptar posiciones diversas de poder, como la sumisión y votos maritales, que “perdonan” la violencia y la repetición una y otra vez. Por tal razón, recomiendan integrar visiones de relaciones de poder que contribuyan a la violencia doméstica desde las perspectivas o factores individuales y socioculturales, y que los teóricos consideren de forma sólida las formas en que las ideologías patriarcales entrecortan o interfieren potencialmente con diversas variables de interés, como personalidad y cultura, entre otros factores familiares.

Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003) concluyen que el apoyo de la iglesia, la empatía y compasión hacia el problema y la solución de la violencia doméstica es pobre y que es de suma importancia instruir a los líderes religiosos, consejeros pastorales y miembros de la comunidad religiosa acerca de cómo impactar positivamente la vida de la mujer maltratada. Por eso, recomiendan que las prédicas y sermones pastorales deben hablar de la violencia doméstica como un problema social que nos compete a todos responsablemente. Insisten en que, históricamente, el papel de la iglesia en la lucha por los derechos humanos y civiles en Estados Unidos y América Latina ha provisto un modelo para las comunidades de fe en relación con la violencia doméstica y que no se puede olvidar que la mujer cristiana maltratada no sólo lucha por su supervivencia física, sino espiritual y psicológica, lo que implica un esfuerzo mayor y trágico para poder lidiar y salir del abuso. A la luz de la reseña de las cinco investigaciones, queda implícito y explícito el impacto de las relaciones de poder y las

influencias del patriarcado, denominador común para el análisis y cuestionamiento de la violencia doméstica al igual que el ideal del hombre como “jefe de familia” y la “sumisión de la mujer” que han servido de refuerzo para mantener la violencia en vez de retarla (Ellison y otros, 2001; Cunradi y otros, 2002; y Senter y otros, 2002).

### ■ Estrategias de intervención

La violencia doméstica y la religión no sólo se han estudiado desde la participación religiosa. También se ha trabajado desde el punto de vista de intervención o tratamiento en aquellos asuntos clave o controvertibles en torno a la violencia, como son el perdón, el poder y el control y las técnicas de intervención más adecuadas en los procesos de consejería profesional.

De acuerdo con Witvliet, Ludwig y Bauer (2002), el perdón ha tenido un interés científico desde el punto de vista de asegurar los beneficios de las víctimas, que el merecido castigo que recibe el que comete un acto de violencia o delito en lugar de causar daño a otro. Sin embargo, entender la perspectiva del que agrade de buscar y recibir perdón o negarse a recibirlo se considera un tópico importante en torno al fenómeno de la violencia doméstica. Bíblica, o históricamente, desde Caín y Abel, siempre ha habido una víctima inocente y un culpable. Este estudio descriptivo y cuasi experimental se enfoca en el rol del maltratante, con el propósito de investigar, empíricamente, las respuestas emocionales y fisiológicas del que agrade, que, según ellos, las imaginan en la búsqueda de perdón de la persona que han herido en la vida real, además de imaginarse la posible respuesta de la persona hacia la cual piden perdón.

Según los autores, la imaginación es una técnica útil en este estudio para recopilar los datos que permiten analizar y evaluar las respuestas emocionales y fisiológicas que pueden ocurrir en las experiencias reales de vida relacionadas con el perdón., tema central en una comunidad de fe para reparar y reconciliar relaciones, así como para obtener su sanación. Esto plantea el problema de si es o no merecido y si es obligado. Las preguntas de investigación son: ¿qué tipo de emociones existe dentro de la

imaginación de pedir o recibir perdón? La gente, ¿se siente peor o mejor cuando imagina buscar perdón? ¿Qué expresiones faciales muestra el agresor que contempla o busca perdón? El estrés fisiológico, ¿empeora o alivia la imaginación de buscar perdón?

Witvliet, Ludwig y Bauer (2002) han hipotetizado que las emociones morales de culpa y vergüenza evocan emociones negativas en el proceso de imaginar el perdón de la víctima, pero, a su vez, reducen las mismas, presumiblemente porque se está haciendo lo correcto. Se ha especulado que buscar el perdón puede aumentar la empatía por la víctima y su sentido de esperanza. No obstante, los autores se preguntan si la percepción de perdón por Dios y el propio perdón es mayor durante la imaginación de buscar perdón, por que Dios es base dentro de la condición del perdón. Otra pregunta es si la tristeza y el coraje son menos potentes durante la imaginación de pedir perdón, además de considerar otros impactos emocionales y fisiológicos hacia el que busca el perdón.

Las emociones fisiológicas y psicológicas son variables que los investigadores evalúan mediante el instrumento de medición *Corrugator E.M.G.*, asociado a emociones negativas (fruncir cejas), y *Zygomatic E.M.G.*, asociado a emociones positivas (sonrisa). Además, utilizan un cuestionario para medir la naturaleza de la ofensa, las respuestas de las víctimas y las propias. En el estudio, participaron 20 hombres y 20 mujeres voluntariamente (39 blancos y un hispano).

Estos investigadores señalan que, dentro de los resultados, hallaron que tres condiciones del pensante imaginario se enfocaron en las posibles respuestas de la víctima. Los participantes imaginaron a sus víctimas respondiendo con rencor, perdón genuino y reconciliación, comparado con pensamientos sobre agresión o una respuesta de no perdón por parte de la víctima. Las hipótesis fueron probadas estableciéndose que el pensamiento de búsqueda de perdón y misericordia por parte de la víctima llevó a una mejoría en cuanto a emociones básicas (tristeza, coraje) y morales (culpa, vergüenza, gratitud y esperanza). Los niveles de vergüenza y culpa fueron significativamente reducidos durante el pensamiento de la búsqueda de perdón. A pesar de los obstáculos para pedir perdón, pensar en buscarlo llevó a

un aumento significativo de esperanza. Los participantes informaron sentirse significativamente más perdonados por Dios cuando enfocaron en su agresión o violencia que cuando imaginaron buscar perdón interpersonal, pero mostraron una gran percepción de lo que es perdón interpersonal.

Otros hallazgos emocionales y fisiológicos fue fruncir menos el ceño ante la imaginación y el pensamiento de la respuesta misericordiosa de la víctima. La medida del sistema autonómico nervioso no fue afectada grandemente por el pensamiento, aunque datos de conducción por la piel sugirieron mayor involucramiento emocional cuando las víctimas se reconciliaron con sus agresores.

Los investigadores concluyen que el estudio es congruente con los temas bíblicos relacionados con el perdón, no sólo con relación a Dios, sino con sus bendiciones y principios de sanación. La investigación sugiere que el perdón conlleva grandes beneficios emocionales y fisiológicos tanto para el que agrede o comete un acto de daño como para la víctima. La importancia y los efectos del perdón también se manifiestan en las investigaciones reseñadas de Giesbrecht y Sevcik (2000); Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003), y Senter y Caldwell (2002).

Witvliet, Ludwig y Bauer (2002), en sus conclusiones establecen que la búsqueda de perdón y ser perdonado generan múltiples manifestaciones emocionales de culpa, vergüenza, tristeza, miedo y coraje. Las primeras dos fueron emociones acusativas, también explícitas e implícitas a los estudios antes reseñados. Los beneficios del perdón impactan significativamente la salud. Por lo tanto, se recomienda su consideración en los procesos de consejería. Sin embargo, el temor y las manifestaciones de poder y control que se generan, emocional y fisiológicamente, en el proceso de búsqueda y de dar perdón son objeto de más estudio.

Se desprenden de esta investigación las implicaciones que todo esto tiene en fomentar o inhibir la violencia doméstica, para lo cual Schubert, Protinsky y Viers (2002) estudian la violencia desde otra perspectiva de intervención amparado en la evidencia contundente de la necesidad que hay como parte del problema social de estudiar la misma bajo múltiples niveles o un acercamiento que no sólo integre las teorías clásicas de violencia, sino

también, las fuerzas individuales e interpersonales como reflejó el estudio de Witvliet, Ludwig y Bauer (2002). Por tal razón, la investigación tipo explicativa-correlacional llevada a cabo por Schubert, Protinsky y Viers (2002), estudia la relación entre los conceptos individuales de auto control y las características interpersonales de fusión con la pareja en una relación violenta, mientras, a la misma vez, considera las desigualdades por género desde una perspectiva cultural.

El propósito de esta otra investigación fue estudiar características individuales, interpersonales y sus influencias en hombres maltratantes. La misma se llevó a cabo a través del marco conceptual de la teoría de diferenciación de Murray Bowen, que establece un balance de poder relacional denominado bajo el concepto de igualdad marital (*Marital Egalitarianism*). Incluye la habilidad para separar pensamientos de emociones y hace énfasis en la responsabilidad individual y el control de los impulsos o reacciones emocionales.

Los investigadores proponen la hipótesis que los individuos que tienen control sobre sus emociones e impulsos reactivos y quienes tienen un gran balance de sí mismos separados y conectados a otros son menos propensos a involucrarse en relaciones violentas. La variable dependiente fue la agresión física, mientras que el autocontrol, la fusión en pareja y la igualdad marital fueron las variables independientes. La selección de la muestra no fue al azar y se compuso con nueve grupos para el manejo de coraje en los hombres. Tres grupos fueron de las iglesias bautista, metodista y cristiana; un grupo de índole cívico; dos grupos de un centro de consejería, y otro de un equipo de deportes y de otras unidades de servicios a la corte. Un total de 144 hombres participaron en este estudio. Se usaron los datos de 133 participantes porque 11 no completaron los instrumentos. La edad fluctuaba entre 18 a 71 años, con una edad promedio de 33 años. El nivel educativo fue menos de escuela superior. El ingreso anual estuvo entre 20,000 y sobre 100,000 dólares. El 47 por ciento estaba afiliado a un grupo de manejo de coraje.

Como instrumento de medición, Schubert, Protinsky y Viers (2002) utilizan una escala de autocontrol (sc) del *California Personality Inventory (CPQ)*, con 38 incisos de cierto y falso y

para medir la relación entre expresión de impulso y manejo de agresión. Para conocer los niveles de diferenciación, se utilizó el *Personal Authority in the Questionnaire (PAFS-Q)*. Para medir igualdad marital utilizaron el *Sex-Role Egalitarianism Scale (SRES)* y para la relación psicológica y física de violencia, el *Conflict Tactics Scale (CTG2)* desarrollado por Straus, Hemby, Boney-Mc Coy y Sugarman.

Los hallazgos sostienen la hipótesis de que los niveles bajos de autocontrol y relación de igualdad matrimonial y altos niveles de fusión de pareja están asociados a un uso de tácticas de conflictos violentos. Basados en ellos, los autores concluyen que las fuerzas individuales, particulares, interpersonales y culturales contribuyen al fenómeno complejo de la violencia de pareja. Según sus recomendaciones, los terapeutas de familia, los consejeros, los psicólogos y otros que trabajan con esta población en situaciones de violencia deben considerar modelos de intervención que fomenten actitudes de igualdad que puedan reforzarse con otras técnicas de intervención.

Dichas recomendaciones dan lugar para presentar las investigaciones de Allen y George (2001) en torno a la intervención terapéutica y de consejería. Éstos investigan y validan precisamente la importancia de cómo, cuándo, qué hacer y decir en las intervenciones como consejeros con las parejas que están bajo la situación de violencia doméstica (utilizar lenguaje, comunicación, trato y seguimiento de parejas de forma estratégicamente distinta, propias de un diseño cualitativo, que rebasan las modalidades convencionales de terapia individuales y de grupo). El propósito de esta investigación etnográfica fue aprender qué era más efectivo en sus terapias con las parejas que eran referidas por la corte para consejería.

Este estudio tiene implicaciones para los consejeros, los clientes y los profesionales legales. Se refuerza el valor de lo que los clientes tienen que decir con relación a sus experiencias terapéuticas y el riesgo de no escuchar en las cortes cómo pueden recibir más ayuda. Estas parejas demostraron interés e intentaron buscar otras formas de relacionarse. Esto fue de gran utilidad para la investigación en torno a su confiabilidad y técnicas para analizar los datos.

Allen y George (2001), en su metodología, llevan a cabo profundas entrevistas cualitativas con las víctimas, que revelan historias de prejuicio, aislamiento cruel, dobles mensajes y ataduras, ambivalencia, lealtad, perdón y excusas en proporciones intolerables. Estas realidades son evidenciadas en los estudios de Senter y Caldwell (2002); Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003), y Giesbrecht y Sevcik (2000).

El análisis de datos realizados por los investigadores fue parte de un diseño emergente. A través de las entrevistas se anotaron frases y temas usados por las parejas que eran acumulativas según las etapas de las entrevistas. Los hallazgos fueron organizados en cuatro categorías: “ver las cosas diferentes”; “hacer las cosas diferentes”; “cuidado por la pareja”, “ir juntos”. Esto significa que la terapia e intervención por parte del consejero le permitió una comunicación clara y ver la situación de diferentes perspectivas, lo que posibilitó la reflexión y aceptación de alternativas no consideradas por parte de la pareja en su condición de violencia doméstica. La técnica de intervención por pareja vs. individual creó un efecto positivo, evitando el individualismo y que la pareja concentrara su relación en los viejos patrones de hacer las cosas versus las alternativas para hacerlas diferentes. Señalan los autores, además, que las parejas respetadas, consideradas y apoyadas por los consejeros permiten crear un clima agradable en la consejería que ayuda en el fluir de pensamientos, sentimientos y acciones para buscar la solución del conflicto, tanto emocional como legal.

Según Allen y George (2001), cuando los métodos investigativos necesitan ajustarse al ambiente clínico y sus características, se aprecia que el proceso de investigación y práctica en la consejería tienen más áreas en común que divergencias. Esto implica que el investigador tiene que clarificar su pensamiento a cada paso; en el proceso de las entrevistas, es imperativo la autenticidad. Los estudios llevados a cabo por Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer (2003), Senter y Caldwell (2002), Giesbrecht y Sevcik (2000) recogen las cinco dimensiones de autenticidad que plantean Allen y George (2001), hacer justicia en que se incluyan las voces de todos los que tienen interés en el proceso de investigación: ontológica, la cual se relaciona a la comprensión de los

participantes de su propia situación; catalítica, que se refiere a la creación de cambio en la situación; táctica, que se relaciona con la relocalización de poder y apoderamiento entre los participantes, y educativa, que involucra respeto por la legitimidad de perspectivas múltiples.

En sus conclusiones, los investigadores señalan que la violencia doméstica es bien variable, y estas variantes no son necesariamente reconocidas y apreciadas por los presentes sistemas de tratamientos. Por lo tanto, es recomendable desde el punto de vista de la investigación, que se haga un estudio abierto y desde el punto de vista de la intervención de un consejero o un terapeuta un entendimiento pleno de la situación de violencia doméstica.

### ■ Cultura

El estudio de la violencia doméstica y la religión incluye retos para la consejería profesional a la luz de todo lo reseñado. Uno de ellos es el componente cultural, que constituye otra forma en que se ha estudiado la violencia doméstica y que, de forma implícita o explícita, se ha puesto de manifiesto en las investigaciones reseñadas. Su consideración es clave para identificar, como consejeros profesionales, las mejores técnicas de intervención. Esto lo evidencia el investigador Jones (2002), quien establece que hay factores culturales que intervienen en la manera en cómo poblaciones (específicamente afroamericanos) responden a intervenciones tradicionales para maltratantes. Según el investigador, la impresión general es que los afroamericanos tienen un nivel bajo de participación y éxito en los programas de intervención y tratamiento. Por lo tanto, el propósito primordial de este estudio fue examinar la relación entre los factores protectores y las respuestas de estos hombres en las intervenciones tradicionales para erradicar el maltrato.

La muestra fue seleccionada al azar partiendo del estudio longitudinal de intervenciones de maltrato, titulada *San Diego Navy Experiment*, que cubrió un período de 18 meses. Este estudio intragrupo utilizó datos secundarios para examinar la influencia de los factores protectores sobre las respuestas de 268 afroamericanos activos en las fuerzas navales. Sobre 50 por ciento tenían

una edad entre 20 a 30 años de edad. El 22 por ciento tenía dos años o más de universidad, con un ingreso promedio mensual de \$1,871.13.

Se plantean las siguientes preguntas de investigación; ¿Cómo los afroamericanos completan las intervenciones tradicionales de maltrato? ¿Existe relación entre la autoestima, las creencias religiosas, el apoyo familiar y las respuestas de intervención? ¿Los hombres afroamericanos que poseen factores positivos protectores fuertes, como la religión, el apoyo familiar y la autoestima tienen una respuesta positiva hacia las intervenciones tradicionales de maltrato? La variable dependiente es la conducta abusiva, y las independientes, autoestima, apoyo familiar y religión.

La hipótesis para este estudio fue formulada en relación con los factores protectores y las respuestas de estos hombres a las intervenciones tradicionales de maltrato. El investigador desarrolló un instrumento para medir los factores protectores, que consistió de 20 aseveraciones, además de nueve factores o una subescala de 42 aseveraciones que midió la presencia y los tipos de comportamientos abusivos.

Los resultados del análisis estadístico fueron significativos, al revelar que los factores de protección actuaron como controles sociales para reducir cierto tipo de conducta abusiva. Reconoce, no obstante, que de las tres hipótesis, dos fueron comprobadas: mientras más alta la autoestima y el apoyo familiar, más fuerte es la reducción de conducta abusiva. Sin embargo, para el rol de la religión no hubo relación significativa, lo que señala que es posible que las medidas en este estudio posiblemente no fueron lo suficientemente sensitivas para analizar esta variable.

Este estudio, según el autor, apoya evidencia teórica y empírica ya en existencia en torno a que una relación entre familia y amigos actúe como elemento de control social de la violencia doméstica. Concluye, por consiguiente, que las características individuales y la composición psicológica de los afroamericanos exigen que sean estudiadas de una manera que incluya sus perspectivas y su cultura.

Otro estudio que resalta las implicaciones del componente cultural es el de Krishnan, Hilbert y VanLeeuwen (2001). El pro-

pósito, en esta ocasión, fue estudiar la violencia doméstica experimentada y relacionada con conductas dirigidas a la autoayuda por participantes que viven en comunidades rurales y reclutados en un albergue de violencia doméstica al sur de Nuevo Méjico, en los Estados Unidos. Como parte del problema, la ruralía trae situaciones diferentes sobre cómo las mujeres lidian con el problema.

Los investigadores midieron y analizaron las siguientes variables: los tipos de violencia presenciada por los participantes; las características de salud mental, en términos de uso de alcohol y drogas, tanto de las participantes, como de sus parejas; pensamientos de los participantes sobre el suicidio, y examinar sus conductas en buscar ayuda de los sistemas de apoyo formales.

Un total de 102 clientes (72 por ciento mejicanos y mejicano-americanos) participaron en el estudio. El resto fueron angloamericanos, indios americanos, afroamericanas, asiáticos y otros. Para medir y recopilar los datos, se administró un cuestionario que midió datos sociodemográficos, tipo de abuso, salud mental y el comportamiento al pedir ayuda. Para el análisis de datos, comparaciones y tabulación cruzada, se utilizaron, además, el *Pearson's Chi Squared Test* para comparar dos grupos étnicos.

Según los autores, los resultados revelaron que la experiencia de violencia doméstica de las participantes fue variada, siendo el suicidio y el abuso físico más prevalentes, y la persecución, la menos prevalente. Así, también revelaron que la violencia doméstica experimentada resultó igual que las de otros estudios llevados a cabo por otros investigadores con mujeres en zonas urbanas.

Las hispanas también mostraron que se mantenían por más tiempo en una relación abusiva y experimentar más abuso sexual que otros grupos raciales comparados (10 años o más). Sólo la mitad reportó abuso y buscó ayuda de las autoridades, 35 por ciento buscó atención médica y una tercera parte buscó consejería. Observaron desigualdades entre la ayuda buscada de sistemas formales y el tipo de abuso experimentado.

Krishnan, Hilbert y VanLeeuwen (2001) señalan que las características de las mismas comunidades rurales sirven como obstáculos para documentar y poder dar los servicios apropiados. De igual forma sucede con las características demográficas individuales (pobreza, desempleo, vivienda, salud mental, adic-

ción, otros). Informar el abuso a la policía fue la conducta más común y sólo menos de la mitad dio seguimiento a las órdenes de protección.

Los autores reconocen que un hallazgo significativo del estudio reveló que sobre la mitad había pensado o intentado suicidarse. De acuerdo con ellos, esto refleja la salud mental de los participantes como consecuencia del abuso.

Hay una clara necesidad de documentar las diferencias étnicas y la prevalencia de la depresión y baja autoestima entre las mujeres en relaciones íntimas abusivas junto a un entendimiento o comprensión del papel de la salud mental o psicológica en las conductas de las mujeres que buscan ayuda. Los investigadores señalan que una de las limitaciones metodológicas del estudio fue el tamaño de la muestra, que no permite proyectar los hallazgos a otras poblaciones o lugares, pero valida la necesidad de informar y tener presente la variedad étnica y las situaciones particulares de los ambientes rurales.

Se desprende de estas investigaciones que un acercamiento multidimensional hacia el estudio de la violencia, que considere aspectos de teorías sistemáticas, feministas, de política pública, sociedad y cultura, permiten mayor efectividad y dirección hacia el problema de la violencia doméstica y sus dimensiones actuales. Por la magnitud de la subjetividad del tema, hay que extraer la teoría a raíz de las observaciones y el análisis de lo que las mujeres y hombres piensan, sienten y proponen. La violencia doméstica y la religión implican actualmente nuevas explicaciones a problemas ya planteados en un pasado y aún no resueltos; además de una conciencia y entendimiento de aquellas mujeres víctimas de violencia inmersa en la religión que necesitan asistencia y consejería para dirigir los paradigmas y controversias religiosas en los cuales están involucradas y que perpetúan el problema (Giesbrecht y Sevcik, 2000; Senter y Caldwell, 2002; Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer, 2003). Esto también es un indicativo de las complejidades del tema y sus diversas variantes que no caben hoy día en los esquemas o paradigmas experimentales pasados (Giesbrecht y Sevcik, 2000; Senter y Caldwell, 2002; Knickmeyer, Levitt, Horne y Bayer, 2003).

Tanto el hombre como la mujer son afectados por la violencia doméstica. Sin embargo, esta última se afecta más dentro de las relaciones de poder existentes y las implicaciones que tiene la religión en sus dobles estándares para el hombre y la mujer. La religión y la espiritualidad tienen un efecto protector para la violencia doméstica, según es evidenciado por los estudios aquí presentados. Los consejeros y líderes religiosos tienen un reto en sus procesos y técnicas de intervención que abarca significativamente las luchas de poder y control y el papel de la cultura. La pregunta obligada hacia una población puertorriqueña es ¿Cuál es el rol de las prácticas religiosas o espiritualidad en la inhibición o exhibición de la violencia doméstica en hombres y mujeres puertorriqueñas?

#### REFERENCIAS

- Allen, J. R., y George, S. A. St. (2001). What Couples Say Works in Domestic Violence Therapy. *The Qualitative Report*, 6 (3) 1-17.
- Cunradi, C., R. Caetano, y J. Schafer. (2002). Religious Affiliation, Denominational Homogamy and Intimate Partner Violence Among U.S. Couples. *Journal for the Scientific Study of Religion*, 41 (1) 139-151.
- Ellison, C. G., y K. L. Anderson. (2001). Religious Involvement and Domestic Violence Among U.S. Couples. *Journal for the Scientific Study of Religion*, 2 (1) 269-286.
- Giesbrecht, N. y Sevcik, I. (2000). The Process of Recovery and Rebuilding Among Abused Women in the Conservative Evangelical Subculture. *Journal of Family Violence*, 15 (3) 229-248.
- Jones, N. G. (2002). A Study of the Influence of Protective Factors as a Resource to African American Males in Traditional Batterers' Interventions. *Journal of Health and Social Policy*, 16 (1/2) 169-183.
- Knickmeyer, N. H. M., Levitt, S. G. Horne, y G. Bayer (2003). Responding to Mixed Messages and Double Binds: Religious Oriented Coping Strategies of Christian Battered Women. *Journal of Religion and Abuse*, 5 (2) 29-53.
- Krishnan, S.P., Hilbert. J.C., VanLeeuwen, D. (2001). Domestic Violence and Help-seeking Behaviors Among Rural Women:

- Results From a Shelter-Based Study. *Family and Community Health*, 24 (il) 1-28.
- Senter, K. E. y Caldwell, K. (2002). Spirituality and the Maintenance of Change: A Phenomenological Study of Women Who Leave Abusive Relationships. *Contemporary Family Therapy*, 24 (4) 543-564.
- Schubert, E. E., Protinsky, H.O. y Viers, D. (2002). Levels of Differentiation and Marital Egalitarianism in Men Who Batter. *Journal of Feminist Family Therapy*, 14 (1) 1-19.
- Witvliet, C. V.O., T. E. Ludwig, y D.J. Bauer. (2002). Please Forgive Me. Transgressors's Emotions and Physiology During Imagery of Seeking Forgiveness and Victim Responses. *Journal of Psychology and Christianity*, 21 (3) 219-233.